AÑO 111 — BUENOS AIRES, 2 DE JUNIO DE 1924 — Nº. 124

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. — SUPLEMENTO SEMANAL — PORTE PAGO

U. Telefónica 3.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

MONROISMO GREMIAL

En otra oportunidad hemos comentado ciertas declaraciones de Samuel Gompers, presidente perpetuo de la American Federation of Labor, que implicaban una amenaza para la independencia del movimiento obrero de América. El lacayo de Wall Street, contando con el apoyo de ciertos líderes del obrerismo tropical, adelanta con sus maniobras panamericanistas (su último intento es la "doctrina de Monroe del trabajo!"), la posibilidad de un avance capitalista en todo el continente, ya que la influencia de la llamada Federación Panamericana del Trabajo está causando graves perjuicios al incipiente sindicalismo de los países de las Antillas, centro y parte de la América del Sur.

Por razones de vecindad, ya que no de afinidad ética y racial, Méjico es el campo de ensayo de esa "doctrina de Monroe del trabajo". La conquista militar y económica de Méjico se complementa ahora con esa invasión del gomperismo. El representante de Wall Street, invocando necesidades perentorias para la clase trabajadora, ofrece su apoyo al gobierno de Obregón y se aproxima a la Confederación Regional Obrera Mejicana — supeditada al partido obregonista — para que la influencia yanqui se expanda en aquel país disfrazada con falsos ideales emancipadores.

Los últimos acontecimientos revolucionarios desarrollados en Méjico demuestran la connivencia de Obregón con las grandes empresas petroleras yanquis que explotan las riquezas minerales de aquel feudo de Yanquilandia. Solo que ahora se desvía la opinión del pueblo mejicano, con la comedia obrerista representada por Gompers y los "vaquetones" de la C. R. O. M., quitando a la conquista norteamericana las apariencias políticas y militares que la hacían odiosa a los ojos del criollo. ¿Quién duda que la "doctrina de Monroe del trabajo", traducida por Gompers en su intento imperialista de la Federación Panamericana, lleva al terreno económico gremial la beligerancia política de las pasadas intervenciones yanquis y de las anexiones de territorio mejicano a la rapaz república del Norte?

Juzgando hechos y analizando actitudes de los principales personajes que intervienen en la farsa obrerista del panamericanismo, hemos sacado lógicas conclusiones respecto a la subordinación de la C. R. O. M. al gobierno de Obregón y de éste a los plutócratas de Wall Street, de quienes es Samuel Gompers el más eficaz agente. Nuestras consideraciones en torno a acontecimientos ya pasados, y por ello fáciles de someter a un imparcial juicio crítico, no fueron del agrado de los agentes obreristas de Obregón, cómplices y partícipes en la comedia monroísta que dirige el presidente perpetuo de la American Federation of Labor.

En un periódico que refleja la opinión oficial del obrerismo obregonista, se censuró lo que, para los "vaquetones" de la C. R. O. M., es una falta de fraternización... y que nosotros llamaríamos una negativa de nuestra parte a complicarnos con los manejos políticos de esos servidores del gobierno mejicano y del capitalismo yanqui. ¿Pretendían los dirigentes del laborismo mejicano que LA PROTESTA elogiara su actitud frente al movimiento armado dirigido por un ex ministro de Obregón contra el "presidente constitucional" y que aplaudiéramos sus vergonzosas connivencias con el pretendido carácter obrero y revolucionario de esa sucursal de la American Federation of Labor, nos remitiremos a los acontecimientos recientemente desarrollados en aquel país.

El escritor yanqui John P. Frey, residente en Méjico y experto en cuestiones mejicanas, publicó un artículo — que transcribió íntegro el diario socialista "La Vanguardia" — comentando la actitud de los gremios obreros (de la C. R. O. M.), frente a la última guerra civil. Nos remitimos, pues, a esa fuente directa de información que, de ser parcial, lo será en beneficio del obrerismo oficial mejicano y del gobierno de Obregón.

Sufre la tortura y no desmayes. Tu heroísmo salvará a tus hermanos los proletarios. Y ellos te seguirán.

Los comentarios del citado escritor se refieren a la guerra civil, en pleno apogeo cuando fué escrito el artículo de referencia. Y vaya a manera de introducción este aserto, anticipado por nosotros hace ya varios meses:

"La Federación Americana del Trabajo, asegura John P. Frey, ha expresado sus simpatías por el gobierno de Obregón en sus esfuerzos por vencer las fuerzas que ahora mueven la guerra civil. La Confederación Regional Obrera Mejicana, agrega, no sólo ha afirmado su lealtad a Obregón, sino que ha tomado en la lucha una parte activa y prominente."

Serían suficientes esos datos para comprobar la influencia de Gompers en los asuntos mejicanos y la subordinación de la C. R. O. M. al gobierno de Méjico. Pero hay otras afirmaciones, en el artículo que comentamos, que demuestran a las claras el papel que representaron los obreristas oficiales tanto en la política interna como en la externa del presidente Obregón. Veamos esos antecedentes que "ignoran" los del periodicucho "vaquetón":

"El presidente Obregón, continúa diciendo Frey, era personalmente un defensor del movimiento obrero y del contrato colectivo, y el principal ministro de su gabinete, Calles, era también un sincero amigo de la organización obrera. No era de extrañar que el presidente Obregón fuese partidario de la organización gremial y creyera en el gremialismo, puesto que mientras trabajó de maquinista en los Estados Unidos, años atrás, se afilió al gremio de los maquinistas, y desde entonces conservó su afiliación efectiva.

"Al comienzo de su desarrollo, la C. R. O. M. se puso de relieve al aplicar la doctrina de Monroe al movimiento obrero americano, y asumiendo el papel principal entre las naciones hispanoamericanas para ayudar a la Federación Americana del Trabajo en la organización de la Federación Panamericana del Trabajo. Prominentes gremialistas norteamericanos visitaron los dirigentes nacionales y extranjeros, y en las conferencias panamericanas del trabajo, efectuadas ya en Méjico, ya en los Estados Unidos, los dirigentes del movimiento obrero de ambos extremos, norte y sur de Méjico, se concertaron con el objeto de desarrollar un movimiento obrero panamericano que ayudara a los asalariados del hemisferio occidental a afirmar sus derechos, protegiera sus intereses y diera a los trabajadores la posición que deberían ocupar tanto en la industria como en la sociedad. Desde la organización de la Federación Panamericana del Trabajo, la C. R. O. M. tiene a uno de sus miembros, Canuto A. Vargas, como secretario de habla española de la Federación Panamericana, en el local de ésta, fijado en el edificio de la Federación Americana del Trabajo, en Wáshington."

Y, como si fueran poco esas demostraciones elogiosas para el obrerista Obregón y sus sirvientes de la C. R. O. M., agrega aún:

"La actitud amigable, inteligente y atinada del gobierno de Obregón, agregada a los consejos y a la ayuda dada por la Federación Americana del Trabajo, permitió al movimiento obrero mejicano asegurar condiciones de trabajo que pocos años antes se hubieran considerado imposibles de conseguir. La jornada de ocho horas fué prácticamente establecida en todo el país, los salarios fueron duplicados y aún triplicados. El peón pasó a la historia, y llegó a ser mirado como una desdichada víctima del pasado. Se le libró del peonaje y recibió en cambio no sólo libertad, sino educación, porque el movimiento obrero había cooperado con el gobierno mejicano en la creación de un sistema de escuelas públicas que, si se tiene en cuenta las dificultades que ha atravesado Méjico, ya ha dado excelentes resultados."

¿Puede estar mejor patentizada la complicidad de la C. R. O. M. con el gobierno mejicano y de éste con el ban-

yo de WALL Street. Si alguien duda de la dependencia del obrerismo oficial a la burguesía criolla y al capitalismo yanqui, estos curiosos antecedentes lo sacarán de error. Hablando de hechos presentes (ahora pretéritos) relacionados con la guerra civil, John P. Frey dice lo siguiente:

"Actualmente todos los empleados de la C. R. O. M., con excepción de tres, están en el frente de batalla. De estos tres, Luis N. Morones, líder de la C. R. O. M. desde su organización, tiene a su cargo la fabricación de municiones de guerra para el gobierno. Ezequiel Salcedo, que encabeza la organización de los gremios de imprenta, es gobernador militar de Zacatecas, y Cervantes Torres, secretario de la Federación Mejicana de Carpinteros, ha sido puesto al frente de la C. R. O. M. hasta que termine la guerra."

Y agrega lo siguiente, para demostrar la completa militarización de ese obrerismo oficial:

"Se ven en todas partes a militantes del movimiento obrero ocupando altos puestos militares. Ricardo Treviño, secretario general de la C. R. O. M., es coronel de un regimiento compuesto exclusivamente por miembros del sindicato de mineros de Coahuila. Celestino Gasca, organizador de los trabajadores en calzado, es brigadier general. Los tres regimientos que componen su brigada consisten exclusivamente de agremiados. Samuel Yudico, primer secretario de la C. R. O. M., es primer cuartel maestre de la división de Calles.

"Para indicar quienes son, y a objeto de que las tropas regulares y las delahuertistas no puedan confundirlos, los regimientos de agremiados llevan un uniforme especial, y sus gorras ostentan las letras C. R. O. M., iniciales de la Confederación Regional Obrera Mejicana. Cada regimiento de gremio y ciertas compañías llevan su bandera gremial al lado de la bandera nacional de Méjico, sea en el campamento o al atacar."

Como broche final, he aquí un comentario que demuestra por sí solo el carácter reformista y amarillo de la C. R. O. M. Refiriéndose a la tendencia que sustenta esa organización, el articulista dice lo siguiente:

"Mucha propaganda se ha hecho en los Estados Unidos desde que De la Huerta se alzó militarmente para dar un golpe de muerte a la República Mejicana. Se hicieron esfuerzos bien estudiados para crear la impresión de que el presidente Obregón y el general Calles eran comunistas y bolcheviquis; de que el movimiento obrero mejicano era adicto a Moscú, y que debido a ello no había seguridad en Méjico para la vida ni la propiedad.

"Bastaría el hecho de que la C. R. O. M. está oficialmente relacionada con la Federación Americana del Trabajo, para demostrar que no es un movimiento comunista. Pero la prueba más evidente está en el hecho de que los líderes comunistas y del movimiento soviético en los Estados Unidos no cesan en sus ataques contra la C. R. O. M. y sus dirigentes, y de que el pequeño puñado de comunistas de Méjico atacan sin tregua y de idéntica manera a los militantes del movimiento obrero mejicano, y con las mismas expresiones que emplearon los comunistas de Norte América contra los militantes de la Federación Americana del Trabajo."

Después de esa larga serie de consideraciones, termina el articulista afirmando que "si no fuera por la actividad de la Federación Americana del Trabajo, quizá el gobierno de Obregón no hubiera conseguido la ayuda indispensable para tener a raya al enemigo hasta fortalecer sus cuerpos militares y derrotar a los rebeldes." ¿Qué más podríamos agregar nosotros para poner bien de manifiesto el miserable papel que representan los "vaquetones" de la C. R. O. M., políticamente sometidos al gobierno de Obregón y económicamente obligados a representar la farsa panamericanista y monroísta del lacayo Samuel Gompers?

El lector puede deducir provechosas enseñanzas de esa viciosa derivación del movimiento obrero mejicano al estercolero político en que se refocilan los cerdos de la C. R. O. M. y de la burocracia obregonista. Gompers vela diligente por el engorde de los puercos que sirven a Wall Street.

Sobre el "período de transición"

Un problema sobre el cual no existe centro del anarquismo y del anarco-sindicalismo ni unanimidad ni claridad, es del modo de realización de la revolución social. Las causas de confusión sobre este asunto en nuestro movimiento nacieron de la realización del marxismo en el experimento ruso. El bolchevismo afirmó que apoyada en las conocidas "medidas transitorias" que prevé el *manifiesto comunista* (1847), una revolución puede cumplir su tarea, pero que el estado de cosas obtenido por la revolución no representa de ningún modo la misión de esa revolución, sino que tan solo ofrece la posibilidad de lograr dicha misión originaria-revolucionaria por el camino de un "Estado transitorio". Partiendo de esa consideración, se juzgará la "dictadura del proletariado", es decir la toma del poder de Estado por los jefes del proletariado como una vía inevitable y como un mal necesario e ineludible.

Esta argumentación entera es falsa y se basa en conclusiones dialécticas mentirosas, de las que no se sabe si arraigan en la insinceridad o en la ignorancia de sus defensores.

Una revolución realiza un cierto trabajo y crea la base para algo nuevo; o bien no realiza ese trabajo y entonces lo nuevo no puede desarrollarse. Algo así como una revolución, la realización de una revolución, y después el mantenimiento del mismo estado de cosas anterior, la autoridad y la explotación económica y política, pero que ahora debería ser llamado período transitorio a algo superior, eso no existe ni en la naturaleza ni en la historia. Una revolución que se desencadena sale del seno de la madre. Se produce el nacimiento (la revolución); y el ser recién nacido es algo completamente nuevo, un mundo propio, con sus propias leyes vitales, sus tendencias evolutivas. No es lo que son la madre y el padre; no tiene nada de común con el pasado, sino que es nuevo, un producto nuevo.

De este sencillo ejemplo se desprende ya que la imaginación marxista de un período de transición con los medios de la vieja autoridad política del Estado y el mantenimiento por la fuerza del monopolio privado dentro de la sociedad, no es otra cosa que una mentira maquiavélica que especula con la ignorancia del proletariado y con su credulidad. Desgraciadamente ese modo de considerar el problema de la revolución ha desempeñado también un cierto papel desde la conquista del poder por el bolchevismo ruso en el movimiento anarquista y anarco-comunista. También representantes de nuestras ideas sostienen que los períodos de la realización de nuestro ideal se representarían algo así como en esta forma: Revolución — Período de transición — Objetivo final.

Indudablemente, aquí desempeñan un gran rol las influencias y efectos del marxismo, lo mismo que las circunstancias de que el principio de la revolución social, justamente porque en la revolución rusa no ha sido puesto en ejecución, no posee todavía una representación clara en nuestro movimiento. Se olvida muy fácilmente en la anterior formulación del concepto de un período necesario de transición, que nos debatimos en una ideología primaria y social-demócrata, como la que halla su expresión también en los programas mínimos y máximos. Pero todo eso, como nos lo demostró la experiencia del último medio siglo, llevó a que la idea de la destrucción completa de los fundamentos de la sociedad actual y de sus instituciones de violencia, se haya debilitado de tal modo que hoy no es comprendida ya por las grandes masas y por el pueblo, y nosotros, los anarquistas comunistas y anarco-sindicalistas, tenemos que comenzar propiamente de nuevo el trabajo educativo.

La concepción de una etapa de transición es una cosa obscura en relación con nuestras ideas, porque niega el principio de la revolución y lo limita y además porque no puede establecer un plazo determinado de duración de tal etapa transitoria. Es indiscutible que si esa etapa transitoria debiera exigir largo tiempo sería inevitable la instalación de una dictadura político-militar y estatal. Pues a la larga un principio como el del anarquismo no puede asociarse a los medios violentos de la opresión, sin crear un aparato, militarmente construído, que ocasionaría sin duda la autodestrucción del anarquismo y de la misión anárquica de la revolución. Justamente porque se rechaza el machnovismo es por completo ilógico reconocer indispensable un período transitorio después de la revolución. Es indisputable que, en tanto que el principio militarista es armonizable con la tendencia revolucionaria ha sido realizado por Machno y sus amigos en la forma más popular y libertaria. En este concepto el anarco-machnovismo es la concesión más radiante a la militarización bolchevista forzosa, que significa sencillamente la reconstitución de la esclavitud creada por el despotismo aristocrático de toda autocracia.

¿Qué tareas concretas, vitales, ofrece la etapa "transitoria" para la ejecución y la realización?

Es sostenido por todos que es aquel período necesario que debe tomar medidas violentas después del estallido de la revolución contra la burguesía amenazante y contra sus agentes conscientes, en lo cual se olvida que la palabra "burguesía amenazante" es propiamente una palabra de orden bolchevista que solo simula el hecho de que la revolución apartándose de marxismo no destruye de ningún modo la burguesía. En una revolución verdaderamente social, como la que anhela el anarquismo, no existe ya ninguna necesidad para las medidas violentas contra una burguesía amenazante, pues tal revolución abolirá sencillamente la burguesía desde que el proletariado sea emancipado, gracias a la posesión de los medios de producción por las organizaciones económicas anarco-sindicalistas, por las gildas productoras y en general por la comunidad revolucionaria.

En cuanto el proletariado ha cesado de ser proletariado y no necesita venderse a hombres que disponen de un privilegio, sucumbe automáticamente la categoría social de la burguesía. Esta es sólo amenazante cuando está en situación de combatirse proletarios que defiendan después sus intereses burgueses. Pero cuando el proletariado se ha hecho propietario en el orden comunista colectivo, no se alquilará más a la burguesía y no habrá más agentes conscientes de ella, porque el burgués, al desvalorizarse su dinero, no posee medio alguno para alquilar a los hombres y aparecerá entonces el interés de las grandes masas en la extirpación de la burguesía, es decir, contra la auto-venta de los hombres por un salario.

Tomemos otro asunto. Se sostiene que un período transitorio es necesario, porque durante el mismo se podrán repartir las existencias de los artículos de consumo, mientras los principios del comunismo anárquico implican una participación del individuo en su disfrute según sus necesidades. Pero se olvida que este problema no tiene nada que ver ni con la revolución, ni con la etapa transitoria, ni con la anarquía misma como un estado social. Este problema halla su respuesta en las posibilidades dadas de la situación. Puede ser resuelto del mejor modo, no por medio de un período transitorio cualquiera, sino sólo mediante el libre acuerdo de los grupos productores, lo que corresponde completamente a los principios del anarquismo. Felizmente este problema de la estrechez económica es seguramente pasajero y en uno o dos años podrá ser resuelta una iniciativa libre de producción en una sociedad sin monopolio (1).

No quiero entrar, en este lugar, detalladamente en la supuesta necesidad de un llamado período transitorio para la defensa del territorio revolucionario mediante cuerpos armados. Es seguro: si ese método fuera el único para la realización del anarquismo comunista, podemos renunciar a nuestro objetivo, pues, en el caso en que la revolución en Alemania y en Austria fuera social, no podemos contar que estallará al mismo tiempo que nuestra revolución la revolución mundial. Pero en caso de que esto no se produjera, según la opinión de los censores del período de transición, se debía aceptar una acción defensiva del militarismo revolucionario, "una acción bélica, por lo menos de diez años, del territorio revolucionario frente a un mundo de enemigos.

Es para mí bastante seguro que la realización del anarquismo comunista se efectuará de una manera idéntica a la realización del principio republicano. Habrá intervalos de larga duración, hasta que un país siga al otro, como hubo largos intervalos hasta que la republicanización de un Estado fué seguida por los demás. También la democracia burguesa creía en 1848 que sólo por una revolución mundial republicano-democrática podía llegar Europa a ser republicana y esto de una vez. La historia contemporánea ha enseñado otra cosa.

De las consideraciones expuestas se deduce el rechazo completo de la defensa del "territorio revolucionario" con los métodos usuales técnico-militares por nosotros, anarquistas y sindicalistas. Si aceptamos esos métodos, entonces podemos renunciar a la realización de nuestro objetivo. Pues dado que es seguro o al menos posible que se produzcan invasiones militares del mundo militar-capitalista, chocaríamos en una "etapa transitoria" de una larga serie de encuentros guerreros a los que muy probablemente ninguno de nosotros sobrevivirá y cuyo resultado definitivo es muy dudoso. En todo caso me parece el intermedio de un período transitorio en este caso inapreciable para la realización del anarquismo.

Se dice ordinariamente que una etapa transitoria exige que la organización obrera económica de la revolución cargue con todo el peso de la administración de la producción y de la organización y por consiguiente que someta forzosamente grandes partes del resto de la sociedad a sus deseos. Esto sería una dictadura de las Federaciones anarco-sindicalistas contra una gran parte de la sociedad. Pero debo repetir que no puedo representarme en general una revolución social de ese modo sin una dictadura estatal efectiva. Si nuestras federaciones anarquistas sindicalistas procediesen de esa manera, llegaríamos muy pronto, no a la superación del período transitorio, sino al olvido del anarquismo.

Desde el punto de vista del anarquismo la revolución social no es la sumisión de la vida social a una corporación cualquiera, represente o no la mayoría. Sino que es el *desarrollo* y el *desencadenamiento* de todas las partes del cuerpo social y de la comunidad social para la libertad.

En una revolución social la organización obrera anarquista sindicalista solo tiene que ocuparse de entrar en posesión libre de la tierra y de los instrumentos de producción a fin de abolir el sistema del salariado. Cuando cada individuo posea la posibilidad de vivir sin trabajo asalariado, existirán aún partes de la población que se querrán regir por lo viejo, que no estarán espiritualmente maduras para lo nuevo. En una sociedad socialista anárquica no se les privará de vivir para sí, a su modo. La revolución sólo destruye únicamente el privilegio de la explotación y la servidumbre, pero no el derecho a un modo de vida individual y personal, esté organizada como quiera. En la libertad la forma personal de vida anacrónica sólo puede dañar al individuo mismo, pero no a los demás, ni a la colectividad. Y justamente en la diversidad de las maneras de vivir se fundera la evolución libre de la sociedad anarquista comunista, a diferencia de la actual evolución forzosa.

Apreciemos o consideremos de cualquier modo el problema de una supuesta etapa transitoria, lo cierto es que no posee ninguna especie de justificación ni de necesidad en los principios tácticos y metódicos del anarquismo. Ciertamente, un tal período transitorio ofrece tan pocas garantías positivas para llegar al anarquismo, como las ofreció la dictadura bolchevista en su promesa de poder llevar por su camino al comunismo. Si los anarquistas y sindicalistas desisten en la revolución de su clara finalidad, que debe encontrarse en armonía con los medios en todo momento, no sólo no fomentarían esa finalidad, sino que se convertirían ellos mismos en medio adecuado y en materia prima para otros partidos políticos, como podemos deducir del destino del movimiento anarquista en Rusia, a causa de su conducta inicial frente al bolchevismo.

Yo creo que la representación de la necesidad de una etapa transitoria solo se basa en que no existe claridad sobre el contenido esencial de una revolución social. Todo lo que hemos apuntado cómo argumento a favor de un estadio de transición no es en realidad algo que pueda considerarse como problema de la revolución, pues los problemas de esta, mientras no sean realizados, mientras no sean superados, implican la no realización del anarquismo.

La revolución social es sin duda, en todos sus principios de lucha, una necesidad ineludible para la realización del anarquismo. Pero esa revolución se convertirá solo en una revolución social si rechaza continuamente el reconocimiento de algo así como un período transitorio y se esfuerza sin descanso y continuamente por abolir y aniquilar cada una de las etapas que separan la revolución del logro completo del anarquismo.

Al contrario, es más que seguro que en el período de la revolución futura, muchas indecisiones, muchos movimientos de reformas querrán contentarse con períodos transitorios y desearán que no se realice la ruptura con lo viejo demasiado radicalmente. Sería el error más fatal en la teoría y en la práctica por parte de los anarquistas y los anarquistas sindicalistas, el reconocimiento de una etapa transitoria semejante que en último resultado sólo es una hipótesis.

La fuerza del anarquismo consiste en su intransigencia, que es la única capaz de indicar al proletariado y a la sociedad aquel horizonte que tiene que conseguir como próximo estadio evolutivo. Dejemos a la vida y a la diversa inmadurez de los contemporáneos imponer a esa intransigencia del anarquismo la corrección exigida por las circuntancias. Para nosotros la revolución social es el medio de destrucción de todos los fundamentos de la dominación, de la violencia y de la explotación. En su lugar no podemos los anarquistas poner más que la anarquía, la ausencia de violencia y el comunismo.

PIERRE RAMUS

(1) *Véase mi obra: "La nueva orientación de la sociedad por el anarquismo comunista".*

Un tomo en 8.° rústica . . . . . $ 1.20
Edición especial, papel pluma . . . „ 2.00
„ „ „ *encuadernado en tela* „ 3.50

Todo pedido debe venir acompañado de su importe, a nombre de A. Barrera —

PERÚ 1537 — Buenos Aires.—

Las luchas proletarias en Alemania antes de la era capitalista

Muy pocos se han preocupado del estudio de la vida del trabajo en la edad media, en cuyo período también existían patrones y obreros, explotadores y explotados, sentimientos de justicia y corazones capaces de salir en defensa de sus derechos ultrajados. El proletariado de la edad media ha tenido sus luchas y sus sacrificios, sus mártires y sus apóstoles, sus triunfos y sus derrotas en la conquista de un mundo mejor. No existía el moderno concepto de la libertad y de la irreconciliabilidad de los dos mundos presentes en todo el transcurso de la historia y siempre en beligerancia: el mundo defensor del privilegio y del orden autoritario y el mundo de la igualdad y de la libertad sociales. Sin embargo tropezamos en la historia de la edad media y de los tiempos antiguos con movimientos sociales obreros y campesinos de gran transcendencia, con una vida proletaria que ponía en acción los grandes principios de la solidaridad y de la asociación, de cuyo descubrimiento queremos enorgullecernos los que entramos hoy en la guerra social.

Los gremios españoles y las Hermandades de la edad media, los compagnonages franceses, las Bruderschaften y Gesellenschaften alemanas, etc., contienen gestos de solidaridad y de rebeldía que merecerían la atención de algún historiador especial.

Queremos citar un par de ejemplos y dar algunas ideas sumarias sobre las organizaciones obreras de Alemania en la era pre-capitalista, sirviéndonos de un capítulo de la obra del Dr. S. Nestriepke, *Die Gewerkschaftsbewegung*, tomo I, Stuttgart (1920).

Ya en el siglo XIV eran conocidas las corporaciones y los gremios de productores, que abarcaban originariamente a los obreros y a los patrones o maestros, quienes por lo demás, trabajaban igualmente que los primeros, con la diferencia de ser propietarios del taller. Luego los obreros, sin dejar por eso de pertenecer a la corporación gremial junto con sus amos, constataron su situación de inferioridad y tuvieron sus reuniones aparte; los diversos conflictos que surgían en la corporación llevaron a la independencia de los Gesellen, u oficiales, de los Meister, o amos. Aparecieron las Bruderschaften o Fraternidades y las Gesellenschaften o sociedades de obreros de oficio, con sus estatutos, aprobados por las autoridades, donde se prescribían las condiciones de admisión, los deberes del obrero ante el patrón (no se hablaba nunca de los derechos), los fines caritativos y religiosos de la corporación, las cotizaciones, las fórmulas cooperativas, etcétera. Esas Fraternidades tenían sus signos distintivos, sus estandartes, sus copas para beber en el albergue, su sitio reservado en el mismo. Acudían a las procesiones religiosas tras su estandarte; celebraban sus reuniones sometiéndose a ciertos formulismos para hablar; pagaban misas y hacían entierros pomposos a los miembros que morían. También tenían por objeto el albergue de los caminantes del mismo gremio que llegaban de otras localidades en busca de trabajo. Y si en general eran más bien asociaciones recreativas y religiosas que sindicales en el moderno sentido de la palabra, no tardó en nacer en ellas la solidaridad de los obreros de un mismo oficio frente a los patrones y hasta frente a los obreros que no cumplían con sus deberes corporativos y morales. El hecho mismo de la asociación provocó la lucha por la defensa de los propios intereses corporativos; por lo general no existían lazos formales de unión entre las Fraternidades, no solo de los distintos oficios de una localidad, sino de las Fraternidades del mismo gremio y de localidades diversas; pero no faltan ejemplos de huelgas solidarias de los obreros de una misma ciudad y de ciudades distintas, en esos tiempos lejanos.

En la Fraternidad existía una especie de tribunal, al que se exponían todas las quejas de los miembros, no solo contra los otros obreros, sino también contra los patrones; si la queja era tomada en consideración, el fallo de la Fraternidad producía sus efectos irremisiblemente; la condena era por lo general basada en el pago de una cierta suma a la Fraternidad; si la deuda no era satisfecha sobrevenía el peligro de la acción directa, o sea del uso del garrote si era un obrero el culpable o bien de la privación de brazos al taller cuyo maestro se hubiera resistido a la Fraternidad. En muchas ocasiones los fallos de la Fraternidad eran reconocidos por las autoridades comunales.

Cuando se producían conflictos entre los obreros y los amos, los resultados eran más temibles que lo son hoy las huelgas generales; dadas las condiciones económicas de la vida productiva de la edad media, un conflicto por el estilo podía llevar a la muerte económica de una localidad. Tanto los patrones y las autoridades estaban interesadas en el florecimiento y la fama de la industria de la ciudad propia, que disfrutaba por lo general de una gran autonomía; para ello había que contar con los obreros; si ejercían represiones contra ellos, era muy probable que no acudieran más obreros de otras localidades, retenidos por la mala fama de las condiciones del trabajo; y entonces no existía el ejército industrial de reserva que acecha hoy las puertas de todos los establecimientos de la industria. Los conflictos entre obreros y patrones, cuando asumían una cierta proporción, no implicaban solo el abandono de los talleres, sino el abandono de la ciudad por los obreros y el envío de mensajeros a las ciudades vecinas para informar a los gremios de las otras localidades sobre el conflicto. Los patrones no solucionaban la situación ni siquiera con la instrucción de los aprendices, cosa que implicaba algunos años, pues los mismos aprendices se resistían a instruirse en una ciudad puesta en el índice por un gremio. De lo contrario tendrían cerradas las puertas en todas partes adonde acudieran más tarde en busca de trabajo o en su Wanderschaft (peregrinación) obligatoria.

En 1407 se produjo un movimiento de los criados zapateros del Alto Rhin, cuya lucha contra las autoridades y los patrones tuvo casi el carácter de una sublevación.

El derecho de asociación intentó ser restringido en algunas partes, mientras que en otras podía ejercerse libremente. Donde se ensayaba una prohibición, los castigos eran brutales, tan brutales como los imaginados más tarde por Bismarck. En Danzing, en 1385, se dictó una ordenanza que prescribía a los que tomaran parte en una asociación el corte de las orejas. No obstante, la resistencia se producía y con el tiempo, donde la prohibición no era levantada, se ejercía en la práctica mucho más suavemente de lo que prescribía la letra.

Una prueba de lo que significaban las Fraternidades es el convenio de los patrones sastres de Mainz en 1457 con los de otras veinte localidades para hacer frente a las demandas de los obreros. O bien la ordenanza policial dictada en 1530 en el Rejchstag de los estados reunidos en Augsburg contra las exigencias crecientes de los trabajadores; en esa ordenanza se dice, por ejemplo, que los obreros no tienen derecho a imponer a los patrones la cantidad de comida y de bebida que deben darles cada hora, pero los patrones deben tratar a los obreros de manera que no se levanten quejas a cada momento que exijan la intervención de las autoridades. Pero donde quiso aplicarse rigidamente la ordenanza de 1530, se vió pronto que los obreros abandonaban las ciudades, como sconteció en Augsburg, Ulm, Nurenberg y otros lugares, lo que motivó la supresión o el retiro de tales medidas. En 1571 se asociaron las autoridades y los patrones de los tres distritos francos del país y Nurenberg para obstaculizar las asociaciones de los obreros y prohibir ciertas prácticas gremiales solidarias; tampoco el éxito coronó los esfuerzos.

Con el advenimiento de los principados independientes, las medidas contra las Fraternidades fueron más draconianas y estaban ya impregnadas por otra parte de los obstáculos legales que hoy conocemos. De 1669 a 1672 tuvieron lugar en Ratisbona interminables discusiones que culminaron en una resolución tendiente a vigilar en lo sucesivo más a los obreros, a impedirles su "rebelión" y su "marcha", a suprimir sus asociaciones. Pero el emperador no se atrevió a aprobar y publicar dicha resolución. Pero después de los ejemplos de las medidas adoptadas y empleadas por Prusia, Hannover, Sajonia, se dictó la ley industrial nacional de 1731, en la cual se prohibía la paralización del trabajo y todo gesto rebelde en los obreros. Sin embargo, aún en posesión de esta ley, en muchos Estados y ciudades fué desconocida, o quedó inaplicada, aunque motivó, sobre todo en el campo, bestiales procedimientos de opresión contra los trabajadores. En algunas partes, las Fraternidades no fueron prohibidas, pero debían sesionar en presencia de los patrones. En Prusia las reuniones fueron o bien permitidas con autorización de las autoridades, o bien totalmente abolidas.

Gracias a las leyes represivas del movimiento obrero de la era precapitalista, podemos imaginar que los trabajadores de los tiempos pasados no han dejado de revelar sentimientos de rebeldía y de audacia ni carecieron de sentido práctico para defender sus derechos a la existencia.

En 1794 fueron adoptadas en Prusia las más severas medidas contra la participación en las huelgas, como por ejemplo la entrada en el servicio militar, y en Baviera, en 1809, se decretaron apaleamientos contra los huelguistas.

Citemos algunos ejemplos de luchas en los tiempos pasados.

En 1710 se produjeron conflictos entre los zapateros de Viena. Las autoridades prohibieron sus reuniones. Los zapateros se trasladaron a los suburbios de la ciudad y se burlaron de las amenazas de los gobernantes. Una nueva orden castigaba a los desobedientes con la ejecución inmediata, sin proceso alguno. Después de haber arrestado y castigado a las cabecillas se restableció la calma por un tiempo. Pero un año después renovaron las luchas. Las autoridades decretaron que los que en el plazo de tres días no volvieran al trabajo serían ejecutados. La orden no bastó; hizo falta la intervención militar. Los jefes del movimiento fueron condenados a muerte. Cuando estaban ya en el patíbulo se les ofreció el perdón si se sometían a las prescripciones de los patrones y de las autoridades. Ninguno lo aceptó en esas condiciones y se pusieron ellos mismos la cuerda al cuello.

En 1726 se produjo también en los zapateros de Augsburg un gran movimiento. Antes habían tenido lugar en Würzburg y Stuttgart, y en esa ocasión se descubrió una activa correspondencia de los obreros de esas localidades con los de Munich y Augsburg. El consejo comunal de Augsburg prohibió en esa correspondencia, después de negociaciones previas infructuosas, el uso de un sello especial. Esto indignó a los obreros de tal modo que abandonaron el trabajo. El consejo creyó poder solucionar la situación estatuyendo un florín y 30 crucados a cada huelguista como castigo. Esto hizo que una noche los obreros emigraran a otro distrito, unos 100 hombres. Todas las amenazas del consejo de Augsburg para que regresaran fueron vanas. Al contrario, los huelguistas enviaron mensajes a todas partes para comunicar el conflicto a los camaradas del mismo oficio. El dominicano Benedicto Heiss, de Friedberg, que había sido el mismo zapatero, les ayudó. Tres meses después, ningún obrero forastero se dirigió a Augsburg. La situación de los patrones se hizo seria. Después de las amenazas recurrieron a los ruegos. Los obreros impusieron, además de las condiciones anteriores, el pago por los patrones de su albergue, durante todo el tiempo del paro, en Friedberg. El consejo de Augsburg amenazó de nuevo; siempre en vano. Por fin se llegó a un contento. Los obreros declararon que se pagarían sus deudas, ya de 3000 florines. Pero solo una parte de ellos volvió a Augsburg, y esta, al saber hechas después algunas exigencias, abandonó también la ciudad.

En 1790 hubo una huelga contra los patrones constructores de carros de

Brunswik. Se produjo porque un obrero, tras una disputa con el patrón, quiso abandonar de inmediato el trabajo y el patrón reclamó los catorce días de plazo reglamentarios. Los obreros de la industria reclamaron la abolición de ese plazo y otras condiciones de trabajo. Los patrones estuvieron dispuestos a ceder, pero las autoridades no quisieron modificar la ordenanza; ante el temor de que los obreros abandonaran la ciudad, fueron confiscados sus haberes. Eso mismo hizo que los obreros se marcharan. En un albergue, en Hannover, se reunieron. El consejo municipal de Brunswik envió tras ellos un destacamento militar para hacerles volver. Regresaron, volvieron a casa de sus patrones, comieron y bebieron pero no tocaron una herramienta. Por fuerza hubo que dejarles marchar. Luego decretaron sobre la ciudad el vituperio, y con tal resultado que en muchos años no llegó a Brunswik obrero alguno en busca de trabajo. Y un hijo de la localidad que aprendió el oficio en esas condiciones no pudo hallar trabajo después, en su peregrinación, ni en Varsovia, ni en Thorn ni en ninguna parte. Aún después de pasar en el aprendizaje en Berlín un tiempo, a fin de volver a ser "honrado", tropezó con dificultades. Se vió en la necesidad de recurrir finalmente a su ciudad natal en demanda de auxilio. La resolución de los 16 obreros constructores de carruajes de Brunswik movió a los gobiernos de Prusia, de Hannover, al ministro prusiano en Varsovia, etc., etc. Los patrones recurrieron a la Fraternidad de Hannover para que interviniera en el levantamiento del vituperio lanzado contra la industria de la ciudad de Brunswik. Después de cinco años de conflicto y de desesperación, los patrones constructores de carruajes pudieron ser absueltos por los obreros.

En 1791 hubo hermosos acontecimientos en Hamburgo. Un patrón cerrajero recibió bajo su protección a un obrero puesto en el índice por su falta de solidaridad hacia sus compañeros. Estos decidieron la huelga y el boicot contra ese patrón. El gremio patronal se dirigió a las autoridades. Los obreros cerrajeros contestaron con la paralización del trabajo. El senado de Hamburgo ordenó ciertas medidas; cuando fracasaron los intentos de mediación, tres cabecillas fueron arrestados y el albergue de los cerrajeros fué ocupado militarmente; los 70 obreros encontrados allí recibieron individualmente la orden de firmar un documento comprometiéndose a reanudar el trabajo; todos se negaron, sin atender las amenazas; por consiguiente fueron expulsados de la ciudad; en Altona no tenían derecho tampoco a quedar; pero se reunieron en una posada cerca de Hamburgo. En cuanto se conocieron estos sucesos, estalló en Hamburgo la huelga general de todos los gremios, aún de los desorganizados, que hicieron durante los días del paro demostraciones triunfales por la ciudad. Los trabajadores dirigieron al senado una petición de libertad para los cabecillas de los cerrajeros arrestados, el pago de los salarios y la devolución de los objetos confiscados. El senado cedió ante la unanimidad y se siguieron negociaciones sobre si los trabajadores de Hamburgo podían o no ir a buscar a los camaradas expulsados en pública demostración. La rebelión no terminó; las demostraciones de los obreros desorganizados llevaron a choques con las fuerzas armadas, lo que movió al senado a declarar el estado de sitio y a decretar la muerte de todo el que fuera sorprendido en actitud de resistencia. Las compañías de la guardia ocuparon los albergues de los zapateros y de los sastres, resultando dos muertos; otros albergues fueron ocupados sin violencias; ante el cuartel principal fueron apostados cañones y la población civil fué llamada a las armas. Esto obligó a los rebeldes a reanudar el trabajo. Pero sin embargo el senado hizo pagar los salarios y devolver los objetos confiscados de los cerrajeros desterrados, que luego fueron llevados bajo custodia militar hasta la frontera; el entierro de los obreros caídos fué oficialmente efectuado.

Por la misma época hubo en Bremen una huelga general por haber sido ocupados obreros libres, es decir no inscriptos en el gremio, como instrumentos para rebajar los salarios. También se produjo aquí la intervención militar.

En Breslau tuvo lugar en 1793 un movimiento general originado por el encarcelamiento de un sastre que había dejado el trabajo sin una causa suficiente. Los sastres y los obreros de otras industrias paralizaron la labor. Una delegación enviada al magistrado reclamó la liberación inmediata del preso, y cuando se rechazó a la delegación la demanda, pidió su propio encarcelamiento. Las autoridades arrestaron la delegación. Después el magistrado reflexionó e hizo salir de la región al obrero que había contravenido el pacto de trabajo y puso en libertad a los demás. Pero estos se negaron a abandonar la prisión antes de que el camarada desterrado volviese y recibiera una declaración de honor. Las autoridades se vieron en la necesidad de buscar al desterrado. Esto excitó a los demás obreros y libertaron por la fuerza a los camaradas presos, después de sangrientos choques con las fuerzas militares. El expulsado regresó al día próximo y fué festejado y provisto con una declaración de honor por el más alto funcionario de la ciudad, el conde Hoym. Luego los obreros se calmaron, satisfechos por haber logrado imponer su voluntad. El ministro se hizo cargo de los gastos de entierro y de la curación de los caídos en las luchas y satisfizo los salarios perdidos durante el movimiento y las deudas del albergue en los días del paro.

Estos breves ejemplos bastan para hacernos comprender que el movimiento de los trabajadores no es de ayer, que la solidaridad y la rebeldía no es un producto de los tiempos modernos, sino que han existido siempre y se han manifestado en el curso de la historia más o menos ruidosamente. Ciertamente, faltaba en esos movimientos un objetivo final que hiciera proseguir la lucha; tampoco tenían el carácter de estado de insurrección permanente que hoy asume el movimiento obrero, después de haber llegado a la conciencia de que la obra de su liberación y de su emancipación solo puede ser obra de los obreros mismos, pero los sentimientos que movían aquellas luchas se equivalen a los que alientan las luchas actuales.

D. Abad de Santillán

LOS GRANDES ARTISTAS

El Arte en España

RIBERA—ZURBARAN

(*Conclusión*)

No se puede decir que el pueblo que conquistó el Océano y América, que sueña al Quijote, miles de novelas, diez mil piezas de teatro, que arranca de sus pesadillas las aguafuertes de Goya, haya carecido de imaginación. Pero su facultad inventiva se desarrolla únicamente en el sentido de la vida actual que ella escudriña, o fuerza, o desfigura sin buscarle jamás los símbolos de una forma organizable. No combina, no generaliza, no se ilusiona sobre lo que es. La adoración de Goya por la mujer se manifiesta en la forma como habla de ella, no en el aspecto que ella tiene y que le deja, a menudo vulgar, y a veces repulsivo. Don Quijote vé una reina en la mujer de una venta, un casco en una vacía de barbero, un ejército en una manada. Para expresar su ideal, Cervantes hace la caricatura de la realidad.

Cuanto más se desarrolle la cultura de Zurbarán y de Velázquez, tanto más penetrarán en esa probidad inexorable. En su fondo, el uno encontrará la desnudez de la roca y la frialdad viril necesaria para despojar de su envoltura mística las prácticas de anulación donde se hunde España después de la expansión; el otro, armonías reveladas por el espacio cuando se lo sabe contemplar con esa pasión de aislarse en sus ecos que pone un músico cuando escucha los ruidos del mundo. La educación, la raza, el momento los hace espíritus fraternales. El que va a vivir en los monasterios feroces de los desiertos de Extremadura, abre a veces la ventana para percibir a lo lejos esa palpitación aérea que Velázquez deja mariposear en torno de las formas mismas, como un murmullo de color. El que está en la corte, encerrado en el fastidio de la etiqueta, vé en los príncipes la austeridad que Zurbarán presta a los religiosos. Pero Velázquez, a veces, huye de España, y vuelve con horizontes más vastos, tiene a su alrededor un ensanche inmenso, su alma parece tener alas cuando se acerca a su fin, su pensamiento dialoga por encima del tiempo y de los pueblos con algunos pensamientos superiores que todos los pueblos comprenden y que el tiempo no gasta. Zurbarán no ha franqueado las fronteras morales que España le impuso.

El parece obedecer a la Orden. Los muros de las celdas, sus mesas, sus sillas de madera, los sayales, no están más desnudos que su fuerza. La esterilidad de España está en las celdas sepulcrales donde la meditación se ejercita sobre cráneos de muertos y libros recubiertos de piel. Los hábitos grises o blancos caen derechos como sudarios. En torno, las bóvedas son espesas, las losas frías, el día muerto. Apenas si aquí o allá un tapiz rojo, un lazo azul animan esa aridez. La voluptuosidad de pintar se revela en el pan duro y las raíces crudas de la comida hecha en silencio, en una mano, en la faz de tierra de un cadáver, en el paño mortuorio gris plata. Pero esos rostros espectrales, esos vestidos mate, esa madera desnuda, esos huesos limpios, esas cruces de ébano donde no tiembla ni un reflejo, esos libros amarillos con franjas rojas, alineados y nítidos como las horas que cortan la vida en ejercicios tristes hasta el último momento, toman el aspecto implacable que la fe misma impone a la plástica al prohibirle todo lo que no sea una línea rígida, una superficie desnuda, un tono opaco, una sombra derecha, un volúmen preciso y duro. Un monje que ruega pesa tanto sobre sus rodillas que tiene el aire de levantar la piedra de un sepulcro con su cabeza erguida. Los que distribuyen o toman alimento revisten la necesidad de vivir con una solemnidad que penetra el mantel, los vasos, los cubiertos y el alimento. Los que están sobre el lecho fúnebre imprimen a la vida que los rodea la rigidez de la muerte.

RIBERA — El Pateta.

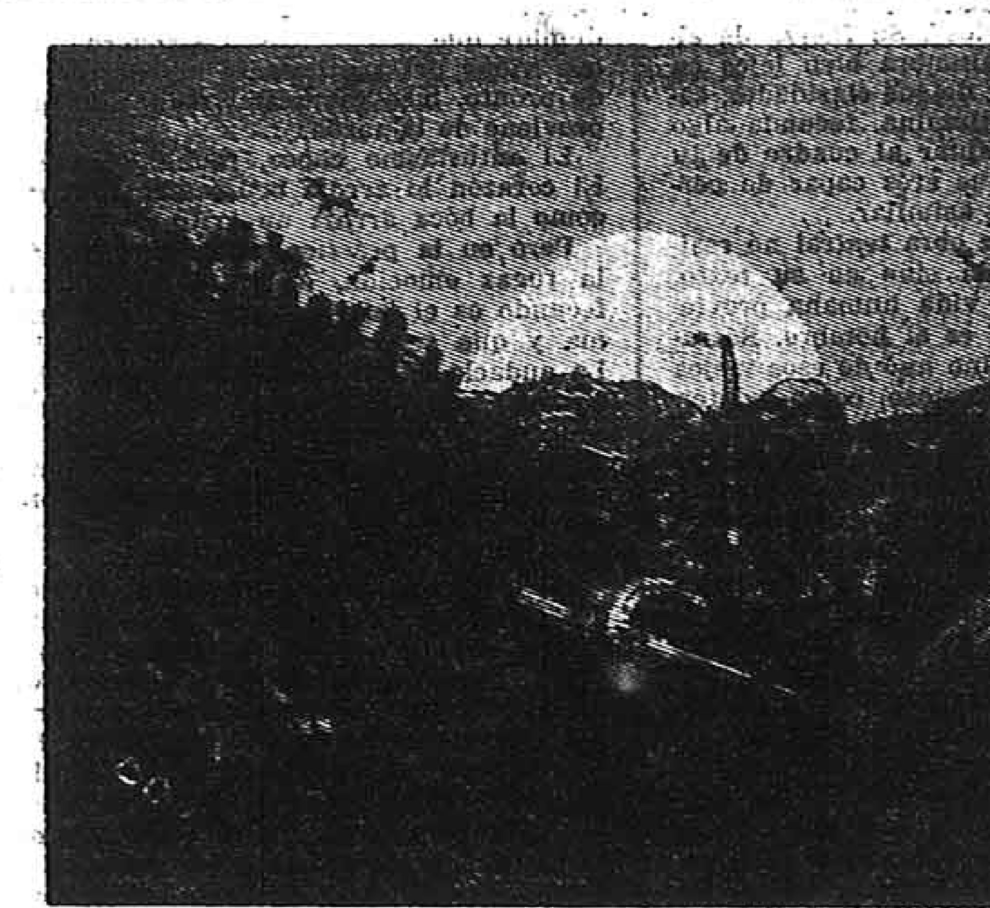
En esa pintura severa, todo parece gris. Se la diría color ceniza. Si los grises de granito que componen la materia misma de la pintura del Greco, si los grises de plata de Velázquez, de Herrera, si los grises de perla de Goya no dejaran en nuestra visión su raro reflejo, se pensaría que Zurbarán ha querido dar a los hombres retirados del mundo que ha pintado, la apariencia de hogares abandonados y de brasas enfriadas. Pero España es así. Sus llanuras desnudas tienen el aspecto de un astro muerto cubierto de cenizas por sus volcanes. Es una extensión monótona, desigualmente ondulada y desierta, donde se adivina, aquí y allá, por el polvo que levanta, algún hato. No es solamente la huída de las nubes donde la nieve de las montañas hace llover sobre ellas como un polvo de plomo aglomerado en ciertas partes. Hacia la tarde, antes de que el rosa pálido, casi apagado, se las coloree, las colinas en el horizonte parecen frotadas con plata. Cuando se dominan las ciudades se vé en torno la extensión gris. Las casas blancas patinadas de oro verde, a veces cubiertas de granito, florecidas de azules y de rosas, forman como un mantel de estaño mate, apenas manchado en partes y de tiempo en tiempo ensombrecido con el acento de un negro ciprés. Pobre tierra, horrible de cerca, no dejando ver sino huesos descarnados; misteriosa de lejos, fina, envuelta en armonías impalpables donde las culturas matizadas y la sombra de las nubes ponen en la uniformidad gris su ligero estremecimiento.

El debía influir en este sentido sobre los jóvenes artistas de Sevilla, con tanto mayor vigor por cuanto ellos habían recibido casi todos los consejos de Francisco Herrera, tan sometido a los maestros de Venecia como Ribera lo estaba al Correggio y los pintores napolitanos. Las Roelas, un cura de Sevilla en quién piensa la escuela andaluza hasta Murillo, le había transmitido las fórmulas exteriores.

Herrera abría los ojos. Los fondos nacían detrás de sus telas, ese espacio temblante y fino que caracteriza a la vez a los pintores venecianos y españoles maduros, ese espacio rosa argentado sobre el cual se podía desde entonces, derramar, sin temor a los contrastes demasiado violentos y oposiciones demasiado duras, los colores brillantes cuyo gusto le imponía el salvajismo y la impetuosidad de su naturaleza. Después de él, la ruta queda libre; Velázquez, más tarde Goya, podrán venir. Lo que es propiamente español, no en el carácter de las formas del país y de los rostros de los hombres que el Greco, de un golpe, había aferrado, sino en la materia misma de la atmósfera y la unión misteriosa y velada del ambiente a las manchas que manifiestan los objetos, se esboza ya en Herrera. Además una brusca decisión lo precipita hacia adelante. Ha asimilado de la Escuela todo lo que necesitaban los españoles, impresionistas profundos, pero ineptos para distribuir lógicamente las masas e imponer a las formas la jerarquía intelectual que confiere una fuerza tan peligrosa al arte greco-latino. Aprendió de los italianos el arreglo superficial de los grupos y el orden aproximativo del discurso. La improvisación furiosa puede desenvolverse sobre esos temas muertos, y en un sumario equilibrio, levantar la pasión española que llegará al hecho vacilando como un herido ebrio de orgullo que antes de morir quiere vencer.

Zurbarán y Velázquez, que provienen de las mismas fuentes, que son de la misma edad y expresan esa pasión en su hora más libre, sino la más intensa e intransigente, abandonarán los dos los pretextos alegóricos y el idealismo enseñado. Ambos consentirán, para alcanzar directamente ese deseo de realidad que impone a todos, desde el verdugo que ruega al sacerdote que mata, al rey que vive como prisionero y que se entierra en un sayal, el olvido de lo que han aprendido. Puesto que Roelas, Ribalta, Ribera, Montañez, Herrera han transportado la historia o la leyenda que cuentan a los espectáculos diarios que se les presentan bajo su más ruda apariencia, buscarán después en esos mismos espectáculos el motivo de los poemas pintados, que gozarán en velada emoción, en profundidad íntima o en majestad escueta, todo lo perdido en interés anecdótico y pintoresco. Renunciarán a la vida imaginaria para la cual no están hechos.

ELIE FAURE



H. GROUX — Una aurora en la guerra (Aguafuerte)

El civismo de Anatole France

Las palabras que van a leerse y que el gran escritor francés ha dirigido al electorado de su país en las últimas elecciones, demuestran que el ironista y el escéptico de la "Isla de los Pingüinos" conserva, a pesar de todo, algunas ilusiones sobre la justicia social y las libertades políticas. Los principios, ni las armas que aconseja son las nuestras, pero ¿qué importa? Nos complace ver a los hombres tomar posiciones definidas. Por eso traducimos sus palabras y que el lector compare la actitud del glorioso maestro a la de tanto pillastre y mercader de la pluma, como abunda por aquí, que quiere disimular canalladas y cobardías, criminales silencios, con un escepticismo de pegote y que juega de vocablos haciendo chiste y burla — no ironías — de las cosas más graves... Filósofos o artistas, la duda elevada no dispensa a nadie de luchar contra la injusticia y menos aún de contribuir — con el aplauso o la indiferencia — a la opresión de la humanidad. En este sentido la actitud de Anatole France — sea o no la nuestra su "verdad" relativa — es una profesión de fe internacionalista, humana, y un ejemplo digno de estimación y respeto.

Si vuestra alma no hace ya vibrar el alma de las naciones, si vuestra voz ya no hace latir el corazón de toda la humanidad, es porque vosotros no queréis ser más los apóstoles de la justicia y de la fraternidad, es porque vosotros no pronunciáis más las santas palabras que consuelan y que fortifican; es porque Francia no es más la amiga del género humano, la conciudadana de los pueblos; es porque ella no es más la Francia de los filósofos y de la Revolución.

A vosotros ciudadanos, a vosotros trabajadores, el levantar vuestro espíritu y vuestros corazones, de haceros capaces, con el estudio y la reflexión, de preparar el advenimiento de la justicia social y de la paz universal.

Qué piedad ver a estas gentes nutrir un amor infantil y furioso por los fusiles y los tambores!

No comprenden que la guerra que forma los corazones y funda las ciudades de los hombres ignorantes y bárbaros, no aporta al mismo vencedor sino ruina y miseria, y no es más que un crimen horrible y estúpido ahora que los pueblos están ligados entre ellos por la comunidad de las artes, de las ciencias y del tráfico.

¡Europeos insensatos que meditan degollarse entre sí, cuando una misma civilización los envuelve y los une!

¿Quién no vé que en realidad lo que ellos decoran con el nombre de nacionalismo y de patriotismo es la coalición de potencias de reacción y de opresión del mundo entero, es la internacional de la esclavitud y de la violencia?

A esa internacional, ciudadanos, opongamos la internacional de los proletarios, la internacional de la libertad, del trabajo armonioso y de la paz.

En el estado actual de nuestras instituciones y de nuestras costumbres, el sufragio universal es la única garantía de nuestros derechos y de nuestras libertades.

Y bastará un siglo, un siglo de fraternidad pasando sobre nuestras ciudades y campañas para que se transforme en un instrumento de justicia social.

Una falta de táctica, una falta de cohesión, nos expondría al desastre y nos llevaría posiblemente a los días sombríos de Meline y de Dupuy.

Ciudadanos, votaréis contra los nacionalistas, por los candidatos verdaderamente e interiormente republicanos; no por esos tristes y pálidos candidatos que flotan blandamente entre el nacionalismo y la República.

Vosotros no ahogaréis vuestros sufragios en el limbo de un liberalismo que respeta todas las opresiones y todas las iniquidades. Lo daréis al candidato que, radical, radical-socialista o socialista, reclama la verdadera libertad, la que no reconoce libertad en contra de ella.

Lo llevaréis valientemente hasta los que se esfuerzan por instituir la justicia social en su plenitud y de preparar la paz universal con la unión de todos los trabajadores.

Se os dirá que esos son utopistas.

Pero los economistas sobre los cuales ellos se afirman se han equivocado menos que los de las escuelas antiguas y, sobre todo, han corregido mejor sus errores...

¿Y si fueran utopistas, valdrían menos?

Sin los utopistas de antes, los hombres vivirían todavía miserables y desnudos en las cavernas. Son los utopistas los que han trazado las líneas de la primera ciudad.

Es preciso compadecer al partido político que no tiene sus utopistas. De los sueños generosos salen las realidades bienhechoras. La utopía es el principio de todo progreso y el esbozo de un porvenir mejor.

Vosotros votaréis por los candidatos de la República.

ANATOLE FRANCE

Publicado en "Le Quotidien" — París — Elecciones de 1924

EL OFICIO DE HOMBRE

(Notas para una técnica de la vida cotidiana, extractadas de "Ser un Hombre", tratado médico)

Cuando te empleas en un taller, el maestro te enseña las reglas de tu trabajo, la manera en que tu menester debe armonizar con el de tus compañeros de labor.

"Se espera a tu lado, como tú esperas al de los otros. Arreglaos para marchar de cuerdo".

Entonces tomas tus herramientas y te esfuerzas por hacer bien.

Si existen reglas para trabajar bien, las hay también para vivir bien.

El conjunto de reglas para hacer bien tu oficio de obrero se llama: la técnica. El conjunto de reglas para hacer bien tu oficio de hombre se llama: la moral.

Reiríais de un obrero que no supiese su oficio. ¿Qué pensaríais de un hombre que no quisiera saber el suyo?

Cómo se fabrican las virtudes.—

Las virtudes son para la moral lo que el tiempo y el espacio para las imágenes, lo que la razón es para las ideas, lo que la belleza para el mundo.

Son una forma, una predisposición, una condición del acto moral, una cualidad que se agrega a nuestros actos, como la belleza se amalgama a nuestras imágenes para darles todo su valor.

La virtud del hombre es seguir su ley de hombre, como la virtud y el deber de la planta es seguir su ley de planta. Es en este sentido que Heriberto Spencer ha podido decir que el ser moral perfecto del porvenir, será una especie de autómata moral, en el cual un verdadero instinto del bien reemplazará al libre albedrío y sus errores. Así el instinto de la raza abeja permite a cada obrera realizar su labor cotidiana en la colmena con una perfección invariable.

Nosotros no pedimos tanto. El hecho de ser un hombre implica todo lo demás. Buena sangre no se desmiente, como dice la sabiduría popular.

Notemos aún antes de pasar al estudio, al detalle de las virtudes, que nuestra nomenclatura no tiene nada de imperativo o de exclusivo.

Posiblemente tú conoces bajo otros nombres a las virtudes prácticas que vamos a ennumerar. Es posible que las practiques modestamente, hábilmente, sin haberte inquietado nunca por encontrarles un nombre.

No importa. El más bello libro de moral puede contener páginas en blanco donde cada cual podrá poner de lo suyo. Un código moral práctico, en último análisis, no es sino un memento, una guía de las disposiciones mentales que debes tener listas en previsión de todos los actos de tu vida.

El pensamiento y el sentimiento humano se explican por la naturaleza misma del hombre, de los sentidos del hombre. La vida moral se explica por la naturaleza misma de las virtudes o predisposiciones para traducir y prolongar en actos morales al mundo razonable que el hombre tiene en sí.

El hombre se forma comunmente una idea excesiva de las virtudes. Cree que, como el talento y el genio, están distribuídas por un azar parsimonioso y antojadizo y cree que es necesario un duro y paciente aprendizaje para adquirirlas, y una vigilancia continua para conservarlas.

De esto tienen la culpa los charlatanes que a fuerza de querer realzar y embellecer las virtudes, las han vuelto inaccesibles para la muchedumbre intimidada, algo así como esas señoritas demasiado bellas, demasiado sabias y juiciosas, que mueren solteronas por haber inspirado demasiado respeto a sus amantes.

La virtud no es en lo más mínimo una rareza sublime, sino una forma cotidiana, cómoda, amable de la vida humana. Es la vida humana misma, guiada por la razón, aguijoneada por el deseo de *ser un hombre*.

La belleza es *la forma* que damos a las imágenes de la vida.

No tenemos nunca la certeza de fijar la salud, la suerte, la fortuna. Pero el más humilde y el más ignorado de los hombres es dueño de su felicidad en la medida del dominio que tiene de sí mismo.

No creas, hermano Hombre, que tu trabajo ha concluído cuando has recibido tu paga, acostado a tus niños, provisto a tu mujer del dinero para nutrir y cubrir el hogar. Pero pregúntate por lo bajo:

—¿Qué es lo que me ha hecho más feliz en toda mi vida? ¿Cuál fué mi día de verdadera felicidad? ¿Cuál fué la hora en que he sido tan contento de vivir que mi pecho respiraba, que todo reía en mí y en torno mío, que la ciudad y el mundo me parecían en fiesta y en flor?...

¡Y bien! ese día, esa hora, te es dado revivirla si quieres tomarte la pena de revisar mentalmente y poner en orden tus virtudes, para ver todo el partido que puedes sacar para esta nueva vida que será definitivamente tu vida.

Las grandes virtudes.—

Las grandes virtudes son las que desprenden a todas las otras, de donde todas las virtudes prácticas derivan. Se llaman curiosidad, resignación, audacia, entusiasmo, amor.

LA CURIOSIDAD.— La curiosidad es la inteligencia detenida ante las cosas y las gentes, para comprenderlas, amarlas cuando lo merecen, y accionar sobre ellas si es preciso.

La actitud contraria es la *indiferencia*

La curiosidad es la razón que sale de ti para precederte y guiarte. La curiosidad es el *espíritu crítico*, que es, al mismo tiempo que la virtud de toda inteligencia, la *virtud-prefacio* de toda actividad humana. Ese espíritu crítico aplica lo a la vida moral tiene, él también, su entrenamiento y su gimnasia. No hay buen aprendiz sin modelo de trabajo, buenos obreros sin maestros. Los modelos y maestros de la vida moral son todos los que, por una felicidad de su naturaleza o de su destino, han realizado una vida moral instructiva, como un atleta realiza una vida deportiva, que todos no pueden imitar y alcanzar, pero cuya enseñanza será preciosa para sus émulos.

Los modelos de la vida moral son todos aquellos de los cuales la historia o la leyenda nos narra las vidas ilustres: héroes, santos, grandes hombres, personajes de tragedia o de novela.

Ciertamente, tú no puedes ser Leónidas, Epicteto, Bayardo, Vicente de Paul... Pero puedes impregnar tu vida de la modesta y excelente emulación de esas grandes virtudes. No digas: "Son muy grandes, demasiado fuertes, muy altos; yo no podré seguirlos". Su fuerza de alma, como la luz, alumbra bien lejos en su torno. La menor de sus claridades, cayendo sobre tí te ilumina, fecunda algo en ti y te hace adaptar al cuadro de tu vida la partícula que eres capaz de percibir, comprender y asimilar.

La belleza de una obra teatral no reside en la decoración sino en su texto. La belleza de una vida humana proviene de su texto que es el hombre. Sócrates no era, al fin, sino uno de esos viejos ociosos, hablador y rotoso, como existen en todas las plazas de aldea. Spinoza no era sino un pobre obrero de óptica, cuyo único placer aparente era el de fumar una pipa, todas las tardes, en el banco de la puerta, charlando de pequeñas cosas con su huésped. Y sin embargo, Sócrates o Spinoza, ocupan un lugar en el conjunto de la historia humana diversamente grande al de César o Napoleón.

El espíritu crítico te enseña a medir todas las grandezas humanas, y a contentarte con tu suerte. El encantamiento interior te enseña a no envidiar el tesoro de los otros, sino a considerar todo lo que te rodea como tantos tesoros suficientes para tu dicha. El espíritu crítico no fabrica la felicidad, pero nos indica todos los caminos que nos alejan de ella. Tu mejor amigo no podría hacer nada mejor por ti.

EL CORAJE — El coraje es la virtud que permite al hombre vivir conforme a las verdades morales que su espíritu crítico le ha mostrado como tales. El coraje es un aspecto, una actitud, una disposición permanente de la conciencia. Cuando debe resolverse en actos se llama, según las circunstancias, entusiasmo, resignación, audacia.

La *resignación* es la virtud del pensamiento que sabe los límites de nuestro destino, de nuestros días, que se conforma y saca siempre partido del modesto lote que nos toca.

La *audacia* es la virtud que arriesga lo que ha juzgado ser verdadero, razonable y justo.

El entusiasmo es la audacia del corazón, del sentimiento irreflexivo, la intuición generosa que se adelanta, para resolverse en acto, a la reflexión y el juicio que los aprobaría.

Los grandes mártires de las religiones o de las filosofías nos ofrecen bellos ejemplos de la audacia de pensar, de continuar en la vida su sueño interior. Si, durante el curso de nuestros pequeños destinos, no tenemos muchas ocasiones de levantarnos a esas cimas del sacrificio, la audacia no deja de ser por eso la virtud que necesitamos para superar, día a día, las falsas vergüenzas, las rutinas, los prejuicios, que nos desvían y nos impiden *ser un hombre*. La audacia cotidiana es como esos menudos talismanes de los cuentos de hadas, varita, pito, piedrita, varita cuyo uso permita a su feliz poseedor vencer, jugando, los obstáculos que se le multiplican delante.

Ahora bien, para que ese talismán de la vida práctica alcance su finalidad, es preciso no usarlo caprichosamente, sino más bien acostumbrarse a transformar la audacia en *costumbre*. Los sirgadores que tiran de una embarcación no dan nunca golpes violentos e intermitentes a su cable—sino que con un movimiento lento, bien ordenado, contínuo, hacen avanzar la pesada barca. Así llegará el momento en que no tendremos que hacer ese esfuerzo de audacia como a la imprevista, tanto la audacia habrá llegado a ser una cualidad contínua e invisible de nuestros pensamientos morales y hasta tal punto nuestros actos habrán tomado su forma.

El coraje en este sentido es la gran virtud de los renovadores, de los creadores en la ciencia, el arte, la filosofía, la vida social. Es por lo cual se los llama *revolucionarios*. Ellos sacuden valientemente ese blando almohadón de prejuicios sobre el cual nos es tan agradable reposar nuestra cabeza. Pero no es de ayer que los latinos saben que la Fortuna favorece a los audaces, que la palabra señora de la felicidad es: atreverse.

A menudo, con un primer impulso, el entusiasmo espontáneo obtiene los resultados de la audacia reflexiva. Esto no basta sin embargo para erigirla en método activo de toda una vida, porque escape al control del espíritu crítico, tanto como porque no constituye, en suma, sino un accidente feliz de la vida sentimental. Un hombre entusiasta, se dice a menudo, vale más para arrastrar a una muchedumbre que mil lógicos. De acuerdo. Lo que viene del sentimiento es, en efecto, de pronto, más comunicativo que lo que proviene de la razón.

El entusiasmo choca, reune, arrastra. El corazón lo arroja bruscamente fuera, como la boca arroja un grito.

Pero en la práctica, una vez disipada la fugaz emoción, el único entusiasmo fecundo es el que la razón fertiliza, anima y que se confunde con la audacia. La audacia es justamente la aleación del entusiasmo y de la *fría* razón. La razón, sola, no puede convencer sino a gratos bien dispuestos, a escolares atentos y juiciosos. Ella no toma a su hombre por el cuello, no hace ver de un golpe las estrellas a su entendimiento.

Lo que hace, posiblemente, la rigidez del estoicismo antiguo, es precisamente porque era demasiado razonador, demasiado razonable. La sublime e imparcial constancia de Epicteto bajo la tortura, nos conmueve menos que las pobres lágrimas humanas de Jesús en el Jardín de los Olivos... No se puede *ser un hombre* verdaderamente sin la condición de permanecer hombre, de tener noblezas y debilidades comunes con esta humanidad que nosotros queremos afirmar y purificar en nosotros.

Así el coraje, iluminado por el espíritu crítico, caldeado por el entusiasmo, nos conduce al amor, al don constantemente renovado de sí mismo, a la tierna comunión del hombre y del mundo que lleva en su interior, el amor que no definiremos mayormente porque todo este libro no ha ensayado ser sino una definición realizada, porque toda filosofía puede decir, con Sócrates: "Yo no sé sino una ciencia, pero ella contiene a todas las otras, pues es la ciencia del Amor".

Las virtudes y las mentiras.—

Si la virtud, como la razón, no busca sino lo verdadero, debe saber dejar su parte a las necesidades comunes. El hombre mejor y más recto vive en una sociedad cimentada por completo de menudes mentiras que, discernidas por su razón, acepta resignado. El que no quisiera aceptarlas sería, como el Alcestes de Molière, un agua-fiestas, un amarga-vida, que haría desgraciados a todos los que se le arrimasen. No vivimos en un manual de moral en acción, sino en la vida. Sobre cien hombres, no hay uno que no mienta, sea con su silencio, al menos una vez por hora, que no se cuide de decir, textualmente, lo que piensa a sus compañeros cotidianos, uno que no acepte y no practique esas mentiras oficiosas, necesarias para la armonía de sus relaciones. Es necesario amar terriblemente a un hombre para decirle, siempre, todo lo que se piensa.

Pero esas fraternales mentiras, impuestas por el contrato de la vida en común, no son como esos errores, prejuicios y quimeras que tu razón crítica ha arrojado lejos de tu ruta. Son como pequeñas planchadillas que suavizan lo que puedan tener de rudo los preceptos puros, practicados.

Lo mismo que el pasamanos de una baranda de hierro bruto, a lo largo de una escalera donde pasa mucha gente, se hace suave y pulido, sin perder nada de su fuerza, así las mentiras de la vida son como el pulido que toman tus actos morales para no herir a tus semejantes.

Es por esto mismo que se llama *politesse* al arte de vivir con otros, de aburrirse y callarse para ser agradable al vecino. *La politesse* (cortesía), o como se la llama también con justeza *savoir-vivre*, es así la forma modesta, usual, adaptada a las modas y costumbres del tiempo, del lugar que toma toda sensatez amante cuando sale de su casa para pasearse entre los hombres.

Las pequeñas virtudes.—

Las Pequeñas Virtudes son las que serán más necesarias y las más cómodas de practicar, de unir a la vida por la costumbre y de fundir y asimilar a tu carácter, que, como tu cuerpo, no te quita nunca.

Tu pensamiento, tu razón y las grandes virtudes que animan, no están siempre activas. Tienen reposos, detenciones. Tu carácter no.

Las pequeñas virtudes no son nada más que los mismos minutos de tu vida, considerados bajo el aspecto más bello y más reciente que ellos puedan revestir.

Puedes tomar tu sopa y tu puchero en un plato sucio, naturalmente. Pero es indudable que sentirás más placer comiendo en un plato limpio, decorado con pájaros y flores.

Puedes vivir con un carácter rudo, sucio, mal desbastado, está claro. Pero tú mismo y todos los que te rodeen se enriquecerán de felicidad si has sabido perfeccionarlo y alegrarlo con los pájaros azules y las flores encantadas que llevamos en nuestro jardín interior.

Las pequeñas virtudes, en efecto, están más adentro que las otras en nuestra naturaleza física y forman casi parte de nuestro temperamento.

Así como algunos son de nacimiento sanguíneos o nerviosos, gordos o flacos, muchos humanos tienen la suerte de nacer suaves, discretos, bonachones, indulgentes y alegres.

ROGER DEVIGNE.

(Concluirá)

RUDOLF ROCKER

Las armas de la guerra

II

¡Compañeros representantes de los trabajadores de la industria de los armamentos de Alemania! Estamos hoy ante una decisión de graves consecuencias. Hemos planteado el problema: "¿Cual es nuestra actitud respecto de la elaboración de utensilios para el ejército?"

Plantear este problema equivale a contestarlo. Hemos vivido una catástrofe, una catástrofe de un alcance tan incalculable que la historia mundial no había visto hasta aquí. Quince millones de muertos, millones de ciegos, lisiados, enfermizos — ¿y quién aprecia la suma de la miseria general que ha creado esa espantosa matanza de pueblo? Si un cerebro humano fuera capaz de concebir en su totalidad horrenda este crimen atróz en todos sus detalles y determinarlo, caería bajo esa avalancha de dolor, de sangre y de lágrimas. La mayor parte de los hombres son moralmente cobardes, tiemblan ante la responsabilidad, y solo están dispuestos a echar la propia culpa sobre ajenas espaldas. ¿Qué hemos hecho hasta aquí para combatir el Moloch militarismo, para arrojar de nuestras puertas el demonio de la guerra? Antes que nuestros jefes políticos aprendieran el "hasta el fin" nos contentábamos con la máxima: "Para el militarismo ni un hombre ni un penique". Y habíamos visto en estas palabras la última conclusión de la sabiduría. Pero no nos oponíamos cuando el Estado azotaba nuestros hijos en los cuarteles y los adiestraba con todos los refinamientos para la matanza humana. En los Parlamentos no se aprobaba un penique para el Moloch, pero nosotros fundíamos cañones y forjábamos fusiles para él. Y esa culpa no es sólo de la clase obrera alemana, sino de los trabajadores del mundo entero. En nuestros congresos mundiales predicábamos el amor fraternal, pero nuestros besos de hermanos eran besos de Judas, pues nos armábamos, proveíamos más y más los arsenales de la muerte, los talleres de la matanza sistemática de las masas. "¡Abajo las armas!" — gritábamos con frenético entusiasmo, pero no teníamos el valor moral para abandonar los martillos que las forjaban. El corazón latía en nosotros más alto cuando sonaba en nuestros oídos:

C'est la lutte finale, gruppons nous et [demain,
l'Internationale sera la genre humain!

Pero cuando llegó la hora de la prueba, entonces ahogamos los sones de la *Internacional* en el *Deutschland, Deutschland über alles*, como los sones de la

Marsellesa quedaron sofocados finalmente en el canto de triunfo del zarismo ruso en la poesía de Tchaikowsky.

Cuando las conquistas de la revolución parisiense de febrero fueron aniquiladas, escribió Alejandro Herzen con amargo desprecio humano: "¡ No habéis querido el socialismo, pues bien, tendréis la guerra!" Y la tuvimos. Si el proletariado de Alemania y el mundo entero no comprendiese la grave seriedad de esta hora, volveremos a tener la gran catástrofe.

Compañeros, bastante ha reposado la muerte sobre las comarcas de Europa; ahora está de nuevo la decisión en nuestras manos. No nos será aportada desde arriba, ningún congreso de la paz nos la dará; la solución del problema sólo puede ser realizada por la acción revolucionaria directa de los trabajadores mismos.

¡No fabriquemos más armas de guerra! No demos al Estado más cañones, más fusiles. No pongamos más armas de muerte en las manos infames de los fríos asesinos. Preocupémonos de que los establecimientos de la destrucción y de la espantosa carnicería humana se transformen en talleres del trabajo útil y pacífico. Vivimos en una época extraordinaria, en una época revolucionaria, y tales momentos exigen resoluciones extraordinarias y actos revolucionarios. No es esto el instante de los temerosos titubeos. Toda vacilación es criminal, es favorecimiento del crimen. Rabia ya en nuestras propias entrañas. Apenas han pasado cuatro meses y el arsenal entero de los Hohenzollern está de nuevo en completa actividad, — esta vez contra el propio pueblo. El 9 de noviembre fué un rayo de luz en las tinieblas de nuestra desgracia sin nombre. Un sistema nefasto, cuyos representantes están cargados con las maldiciones de la humanidad entera, se derrumbó. Alemania se sintió libre, los reaccionarios se escondieron medrosos, en los más oscuros rincones, o huyeron en masa al extranjero. Pero los partidarios de ir "hasta el fin" habían ya empuñado en sus manos el timón. Las mismas gentes que marcharon mano a mano con los peores enemigos del pueblo durante cuatro años, haciéndose por eso responsables del crimen sin nombre, las mismas gentes que arrojaron a la revolución sus anatemas cuando apareció a nuestras puertas, se convirtieron en nuestros gobernantes. En vano predicó Fisner la caída de los comprometidos. Las consecuencias se señalaron bien pronto. A pesar de que estamos ante la ruina general, a pesar de que nuestras deudas superan casi el doble nuestro haber nacional, a pesar de que Alemania en su época de prosperidad no era capaz de recoger cuatro y media millardas de impuestos, ahora debe pagar 25 millardas; a pesar de que solo había y hay una salida en esta situación atroz, la socialización de la tierra y de los establecimientos industriales, a pesar de todo, este problema fué dilatado de una manera irresponsable y su sollución diferida de tal modo que desde el principio se pudo gritar con Marat: "La segunda legislatura no es menos haragana que la primera". Y cuando, — después de este eterno titubeo, de esa incapacidad pueril para adoptar una gran resolución cualquiera que correspondiera a la grandeza y a la gravedad de esta hora, — apareció en las filas de los trabajadores un descontento cada vez mayor, fortificado más aún por los padecimientos y las privaciones de largos años, y se tradujo violentamente por fin en Berlín y en otras ciudades, los advenedizos del poder señalaron tan poca comprensión de las profundas causas psicológicas de esos fenómenos como los representantes del viejo régimen. Y lo mismo que ellos, no tuvieron otro argumento que el fusil que dispara, y el sable que corta. Desde entonces levanta su cabeza en todas partes sin temor la contrarrevolución. Hordas pretorianas voluntarias con oficiales reaccionarios a la cabeza aterrorizan a la población laboriosa y el gobierno no puede conjurar el espíritu que las llama. El estado de sitio es casi una condición normal de la nueva Alemania y el asesinato cobarde de los defensores sinceros de la libertad del pueblo se ha convertido en una industria.

En Berlín duró la lucha de clases una semana entera. Se operó con cañones, lanzaminas y gases como en los campos de batalla. Centenares de hombres inocentes han caído víctimas de esas carnicerías, y actualmente el bien o el mal de cuatro millones de hombres está de nuevo en manos del poder militar. Y lo mismo ha sido experimentado en otras ciudades.

Compañeros, ¿no es ya tiempo de poner un fin a estas terribles condiciones? ¿Podemos cargar más tiempo sobre la conciencia la grave responsabilidad de la matanza fratricida? ¿No es el momento más oportuno para paralizar la violencia negándole los instrumentos de la violencia? Yo creo que a cada uno de nosotros le interesa el bienestar de nuestro pueblo y para el que aspira a salvar el futuro de la revolución no puede haber más vacilaciones. No tenemos derecho a murmurar sobre nuestra esclavitud, mientras forjemos nosotros mismos las propias cadenas.

La negativa a la producción de armas es la única garantía para terminar la matanza organizada de las masas.

¡Compañeros de la industria de los armamentos! El destino del pueblo está en vuestras manos. Una resolución seria, viril, por vuestra parte no dejará de tener su efecto aún fuera de las fronteras. En el exterior no se tiene todavía mucha confianza en nosotros, después de la monstruosidad que ha acontecido. Se ve a la cabeza del nuevo Estado los mismos hombres que han prestado servicios de asistentes del viejo régimen hasta la última hora, y se duda de ellos. Pero una resolución como la que os propongo aquí sería una manifestación de los trabajadores mismos, una documentación pública de nuestro amor a la paz y a la libertad, y, creedme, camaradas, hallaría y debería hallar un eco en el corazón del proletariado de todos los países.

Tal vez se nos hará el viejo reproche de que queremos entregar sin defensa a la patria a la arbitrariedad del enemigo. ¿Pero no debe cada uno llegar a la convicción, después de los terribles acontecimientos de los últimos cuatro años, de que la peor invasión no hubiera sido capaz de producir sobre nuestro pueblo tantas desdichas como la defensa de la patria? Pero hoy no tiene objeto ya esa objeción, pues hemos sido batidos tan profunda y decisivamente que todo pensamiento de una defensa frente a un enemigo superior sería un criminal absurdo. No nos queda más que un arma, — la acción moral sobre la clase obrera de los otros países, y la aprobación de mi proposición por este congreso sería un paso poderoso en ese sentido.

Los gobiernos de los aliados no nos han dejado duda alguna de que están decididos a reducir violentamente el poder del ejército alemán. Si las informaciones de la prensa son verdaderas, Inglaterra exigirá categóricamente la abolición del servicio militar obligatorio en Alemania y permitirá sólo un ejército mercenario en proporciones limitadas. Si éste es el caso, entonces nuestra responsabilidad es aún mayor y mi proposición tendrá doble significación para el porvenir. El joven que es presionado en el ejército mediante el servicio general obligatorio, es siempre un ser humano y espera con impaciencia el momento de poder cambiar de nuevo el uniforme por el traje civil para volver al ambiente de sus compañeros del pueblo. Pero los mercenarios, que hacen del asesinato humano una industria y elevan a virtud la fuerza, son, o bien criaturas a quienes escapa toda responsabilidad moral de sus actos, o individuos interiormente embrutecidos en los que ha muerto todo rastro de humanidad.

¡Ay de nosotros si entregamos nuestro destino y el destino de nuestros hijos a una horda de pretorianos! El primer paso para ello desgraciadamente está ya dado. Todos los cuerpos voluntarios creados en los últimos meses con febril precipitación para asegurar supuestamente las fronteras alemanas, solo son en realidad tropas de ataque necesarias para estrangular la revolución y favorecer la victoria de la contrarrevolución.

Justamente por eso, compañeros, se nos impone el deber moral tanto más imperiosamente de rehusar a la violencia brutal el poder de las armas. Hasta aquí los trabajadores estuvieron dispuestos, por desgracia, a arriesgar su vida en las trincheras en pro de extraños intereses. Muy difícilmente se les podía ganar para la defensa de los intereses propios. La clase gobernante nos aventajaba en este concepto.

Poco antes del estallido de la guerra, publicó el *Labour Leader*, el órgano del partido obrero independiente de Inglaterra, una serie de artículos sobre la existencia de un torneo internacional de armas al que pertenecían 70 de las fábricas de armas más grandes de todos los países, entre ellas Krupp en Alemania Armstrong en Inglaterra y Schneider en Francia. El torneo había elaborado con todos los refinamientos un sistema que le ofrecía la posibilidad de escarificar todos los Estados de la manera más desvergonzada. Si se dirigía un Estado con una proposición a una de las firmas en demanda de precios, se le participaban éstos y se ponía la respuesta en conocimiento de las demás firmas del concierto. Si el mismo Estado preguntaba entonces a otra firma para probar la concurrencia, esta otra firma estaba comprometida a dar precios más elevados. De este modo era excluída toda concurrencia y el Estado debía pagar la suma que se le exigía. La ganancia era repartida después de acuerdo a ciertas proporciones entre las firmas del convenio. El pacto de esa noble corporación no fué abolido de ningún modo por la guerra y mientras que a los internados civiles de los distintos países se les robaba lo último y se les enviaba absolutamente desprovistos de medios a sus respectivas nacionalidades, nadie pensó en tocar los intereses que tenía la firma Krupp en Inglaterra y la firma Armstrong en Alemania. Como han sobornado estos nobles patriotas la prensa del extranjero para producir el espíritu guerrero a fin de recibir más y más proposiciones de los Estados, nos lo ha dicho Karl Liebknecht en su memorable discurso del Reichstag con clásica meridianidad.

¡Compañeros! Todas estas terribles experiencias requieren con imperiosa necesidad una resolución, un hecho. Hoy que nuestro país está en el camino de la revolución, debe quedar a un lado todo frívolo materialismo, nacido del egoísmo de esta hora, y dejar el puesto a consideraciones y a interpretaciones más ideales. Las palabras que el moribundo Saint-Simón dijo a su discípulo favorito Rodríguez, como salutación de despedida: "Piensa, hijo mío, que se debe estar entusiasmado para realizar grandes cosas" — estas palabras son también un legado para nosotros, para los que tienen la aspiración de dirigir la humanidad desde el caos tenebroso de la mentira, de la opresión económica y política y de la violencia bruta a las puras esferas de una cultura superior.

Se nos asegura cada día en todas las variaciones imaginables, que Alemania está al borde del abismo, que nos amenazan el hambre y la miseria sin nombre y que sólo el trabajo, el trabajo útil y diligente podría salvarnos todavía.

Pues bien, dejadnos cerrar finalmente los establecimientos de la muerte y de la destrucción y transformarlos en fuentes de trabajo vital y profícuo, para que nuestro atormentado pueblo pueda finalmente sanar.

"Ni un hombre ni un arma para el Estado" — sea esta nuestra promesa para el futuro, sobre la que surja por fin la verdadera y la efectiva revolución, que nos aportará el reino de la paz y de la libertad, el reino del socialismo — la revolución que el poeta predijo con mirada de vidente, cuando hizo manar jubilosamente de sus labios:

Kehre wieder über die Berge,
Mutter der Freiheit, Revolution!
(Vuelve por sobre los montes,
madre de la libertad, revolución!)

RESOLUCION

Considerando que la liberación de la clase obrera debe ser obra de los trabajadores mismos, — considerando además que la matanza sistemática de los pueblos y la opresión violenta de las clases desposeídas solo es posible mediante la cooperación de los trabajadores, la conferencia nacional de los trabajadores de la industria de los armamentos resuelve proponer a todos los obreros ocupados en la industria de las armas el rechazo total de toda produción ulterior de material de guerra y la transformación de los talleres para el trabajo de la paz.

Al mismo tiempo el congreso envía a los trabajadores de todos los países sus saludos fraternales y expresa la esperanza de que la resolución aprobada por él contribuirá a la realización del socialismo revolucionario internacional.

(Continuará)

La idea anarquista: su pasado, su porvenir

VI

P. J. Prouhon fué el primer socialista, después de Babeuff, que hizo temblar a la burguesía, que pudo matar a este último, pero que no pudo ya sofocar la voz de Proudhon, bien que le deparase una vida de aislado y de perseguido. Proudhon (1808-1865), de origen campesino del Franco-Condado, antiguo obrero tipógrafo, fué considerado el socialista más peligroso, porque no trataba de construir un nuevo mundo con todas las piezas comenzando por esfuerzos diminutos derrochados al margen de la sociedad, como no creía tampoco en esfuerzos violentos que a lo sumo podían destruir, pero que no ofrecían ninguna garantía de reconstrucción, — él trataba de destruir el sistema burgués y con ese sistema el Estado por una vía muy distinta, poco más o menos esta: deseaba cambiar las instituciones en pleno París, a la luz del día, por una acción inteligente y consciente que retiraría al sistema actual el soporte, forzado por la miseria, es verdad, pero sin embargo más voluntario y rutinario de lo que se creería, de los brazos y del cerebro de los que no poseen.

Penetró lo odioso, lo insidioso, pero también lo débil y lo ficticio de las fortificaciones que rodean la propiedad usurpada y monopolizada, ante todo por el Estado. No deseaba conquistar esas fortificaciones, el sueño de los socialistas autoritarios, que quieren ser dictadores y amos a su vez. ¿Qué habría hecho él, Proudhon, con el Estado? Procuraba al contrario hacerlas inútiles, anacrónicas, como la más bella fortaleza puede hacerse insostenible cuando la lucha es dirigida en otro terreno. Ese terreno Proudhon lo buscó durante los 25 años de su vida literaria intensa.

En lugar de la *conquista* de los autoritarios, de la *destrucción* de los rebeldes libertarios, preconizó la *liquidación* del monopolio y de sus apoyos. Si el pueblo organizara sus asuntos por sí mismo, por una acción directa de contratos mútuos de cambio recíproco, de crédito basado en su trabajo, el capital y el Estado, capitalistas, funcionarios, ejércitos, sacerdotes, etc., quedarían paralizados como engranajes inútiles, royéndose las uñas, muriendo de hambre o poniéndose a trabajar y a producir como los demás. En una palabra, su comercio, la explotación y la dominación, sería abandonado por los clientes, víctimas durante tanto tiempo, trabajadores y contribuyentes, y haría bancarrota, sería liquidado como no importa qué empresa que no corresponde a ninguna necesidad seria y no halla más clientes.

Tal me parece ser la idea fundamental de Proudhon, que es el fondo de toda su acción. No es que haya hallado ese medio maravilloso para quitar la clientela a esas explotaciones monstruosas y al mismo tiempo inútiles y absurdas, al monopolio y al Estado, pero ha pasado una vida pensando en la investigación de ese medio, y ese fué ya un gran crimen a los ojos de los burgueses. Ese temor instintivo del enemigo es quizás un síntoma precioso para el pueblo de que Proudhon había dado con la parte débil de la defensa burguesa. Esa defensa no temía entonces un asalto directo y se ocupó poco de algunos que soñaban con el porvenir y se aislaban, pero tuvo miedo de que hombres como Proudhon hallaran el medio de cortarle los víveres, el agua, o de desviarla.

Es preciso también recordarse que estamos aún en 1840, cuando ninguna organización sindical pública, ni el sufragio universal existen aún y la propaganda popular es muy restringida. En esa época se era socialista o no se era; no se conocían los indecisos y poco desarrolla-

dos que votan en las elecciones, que pertenecen al sindicato, pero que no están penetrados por la idea como los militantes.

Proudhon, salvo en sus últimos escritos, no veía esa masa. Sería curioso examinar la aplicación de sus ideas a todo ese conjunto que se ha destacado ya vagamente en nuestros días del sistema burgués, que se cree socialista, pero que no sabe hacer gran cosa más que votar, pertenecer al sindicato, comprar el periódico y participar en las luchas locales contra el patronato. ¿Qué diría Proudhon a esa masa, qué ideas no le habría sugerido esa abundancia de fuerzas latentes, un poco demasiado latentes quizás?

Ah, si el pueblo quisiera solamente — aún sin un nuevo Proudhon — ¿de qué elección de medios no dispone ya?, y esa liquidación soñada por Proudhon no sería uno de los menos expeditivos. Una huelga general sería paralizaría la organización de la producción y, más aún, una ocupación de las fábricas y de los medios de transportes apartaría a los capitalistas, como rodajes inútiles; un antimilitarismo serio que comensara por la negativa a producir armas, todo eso puesto en práctica con habilidad y una casi unanimidad, produciría las liquidaciones, los colapsos y debacles del monopolio usurpado y parasitario, de manera que no habría necesidad ni de conquistar ni de destruir: el pueblo no tiene más que quedar donde está, es decir en la posesión virtual de todos los instrumentos de producción y materiales, etc., que él, y no el capitalista, manipula y hace útiles y precisos desde la mañana a la noche; al capitalista entonces no le queda más que irse o trabajar como los demás. Se han visto fracasar en Europa bastantes sistemas políticos desde 1917, en muy poco tiempo, sin defensa, sería. Quizás todo este sistema capitalista se derrumbará así algún día. Me parece pues que el método de Proudhon de buscar tales posibilidades, no sus soluciones individuales, es todavía bueno y se volverá a poner a la orden del día.

En su tiempo Proudhon permanece aislado, porque todos los demás militantes eran autoritarios. Ávidos antes de 1848 de imponer su doctrina, y en 1848 de conquistar el poder. Los años 1848 a 1851 no han visto un solo día de verdadera libertad colectiva, sino una lucha continua que iba de la ambición y de la intriga a la masacre y al golpe de Estado, junio de 1848 y diciembre de 1851. En ese forbes llino desenfrenado solo Proudhon, por decirlo así, conserva su tranquilidad y posee una maravillosa concepción del conjunto. Día a día descubre las tramas que se preparan y muestra las vías que indica el buen sentido; se le admira mucho, pero nadie sigue sus consejos. Las *Confessions d'un Revolutionnaire* (1849), disecan los acontecimientos de febrero de 1848 al 13 de junio de 1849. Es un volumen único en su género que importa estudiar a la luz de lo que vemos acontecer desde 1917; no comprendemos mejor hoy muchas cosas que antes. Fué recomendado por Bakunin a sus camaradas después de los acontecimientos de 1870-71 y de la Comuna; James Guillaume hizo un resumen razonado que al mismo tiempo discute a Proudhon desde el punto de vista de las ideas colectivistas de la Internacional. Este resumen no existe más que en una traducción rusa; *La Anarquía según Proudhon* (1874), libro excesivamente raro. Arnold Ruge hizo una traducción alemana de él hacia 1849 que fué recientemente reimpresa en Berlín (1923). Como complemento de ese libro se leería el *Prologue d'une Révolution, Février-Juin 1848*, por Louis Ménard (1849, en las oficinas del *Peuple*, el periódico de Proudhon, 316 págs.), reimpreso en los "Cahiers de la Quinzaine" de Péguy.

El detalle de las ideas de Proudhon es un asunto aparte que exige años de estudios intensos, antes de que se llegue completamente a dar un resumen de ellas, verdaderamente preciso. Sus ideas sufrieron una refundición continua; durante veinticinco años observó y procuró siempre mejorarlas. Se encuentran desde hace algunos años una elección de los mejores pasajes en muchos números del *Réveil* de Ginebra.

Escuchemos dos palabras sacadas de su obra inmensa:

"La revolución, en el siglo diez y nueve, tiene un doble objeto:

1. En el orden económico persigue la subordinación completa del capital al trabajo, la identificación del trabajador y del capitalista; por la democratización del crédito, la aniquilación del interés, la reducción al cambio, igual y verídico, de todas las transacciones que tienen por objeto los instrumentos de trabajo y los productos...

2. En el orden político, la revolución tiene por objeto absorber el Estado en la sociedad, es decir, proceder a la cesación de toda autoridad, y a la supresión de todo aparato gubernamental, por la abolición del impuesto, la simplificación administrativa, la centralización separada de cada una de las categorías funcionales, en otros términos, la organización del sufragio universal. (Sería demasiado largo explicar cómo emplea Proudhon estos términos: su terminología de 1849 difiere de la de nuestros días). Desde este punto de vista aún decimos que no hay más que dos partidos en Francia: el partido de la libertad y el partido gubernamental (como para el orden económico había dicho: "el partido del trabajo y el partido del capital").

¿Cuál es la conclusión superior y definitiva que damos a la revolución?

En que el trabajo y la libertad, lo mismo que el capital y el gobierno, son semejantes entre sí y homólogos: de suerte que en lugar de cuatro partidos... no hay realmente más que dos: el partido del trabajo o el de la libertad y el partido del capital o del gobierno. Y es que esas dos proposiciones: abolición de la explotación del hombre por el hombre, y abolición del gobierno del hombre por el hombre, son una sola y misma proposición: es en fin que la idea revolucionaria, a pesar del dualismo de su fórmula, es una e indivisible, como la república misma: el sufragio universal que implica negación de la preponderancia del capital e igualdad de las fortunas, como la igualdad de las fortunas y la supresión del interés implican negación del gobierno"...

Ve en las notas que siguen que al contrario entonces (como con frecuencia hoy) los trabajadores se inclinan "hacia la conservación de la autoridad: es siempre el viejo instinto monárquico el que bajo la forma de dictadura, convención, etcétera, ilusiona al pueblo", mientras que la burguesía "antipática en todos los tiempos al poder" se inclina... "a la perpetuación de la explotación capitalista y propietaria".

"De suerte que nosotros, que... perseguimos igualmente y simultaneamente la abolición del capital y del Estado, aún cuando deberíamos asociar todas las opiniones, nos encontramos en contradicción con alguna de ellas, reprochados y combatidos por todos aquellos de quienes servimos la causa"...

De sus numerosos escritos se podría consultar sobre todo: *¿Qué es la propiedad? o investigación sobre el principio del derecho y del gobierno. Primera memoria* (1840) y las otras dos *Memorias* (1841-42); *De la creación del orden en la humanidad o principios de organización política* (1843); *Sistema de las contradicciones económicas. o filosofía de la miseria* (1846); *Organización del crédito y de la circulación*.... (1848); el discurso del 31 de julio de 1848 en la Asamblea nacional contra Thiers; *Banco del pueblo. Declaración. Acta de sociedad* (febrero de 1849); *Ideas revolucionarias* (1849), en segunda edición: *Idea general de la revolución en el siglo XIX* (1851); *Las confesiones de un revolucionario* (1849); *Gratuidad del crédito* (discusión con el economista burgués F. Bastiat, 1850); *La revolución social demostrada por el golpe de Estado del 2 de diciembre* (1852); *Filosofía del progreso* (Bruselas, 1853); *De la justicia en la revolución y en la iglesia* (París, abril 1858, 3 vol.; edición ampliada, Bruselas, 1860-61, doce partes); *Del principio federativo y de la necesidad de reconstruir el partido de la revolución* (1863); *De la capacidad política de las clases obreras* (1865), póstuma).

Esta lista no agota de ningún modo los libros y folletos, sin contar los libros sacados de sus manuscritos después de su muerte. Y lo vemos además en la obra en los periódicos de 1848-49: *Le Représentant du Peuple*, *La Peuple* y *La Voix du Peuple*, y en la intimidad en una enorme correspondencia de las más instructivas, los 14 volúmenes aparecidos a partir de 1875 y una cantidad de otras cartas publicadas en algunos lugares desde entonces.

Entre Proudhon y los socialistas autoritarios de todos los matices no hubo nunca tregua. Aparte de los socialistas franceses y de los republicanos jacobinos, semi-socialistas, semi-burgueses como Déclúze, vemos a Carlos Marx entrar en liza desde temprano. El y Engels habían demolido ya a Max Stirner con un libro inédito entonces. Proudhon penetró bastante el carácter de Marx, como se ve por su carta a Marx del 17 de marzo de 1846. Marx acecha la ocasión para lanzarse contra él y hace eso con el libro *La miseria de la filosofía* (Bruselas 1847) y vierte toda su hiel contra Proudhon en un artículo necrológico de 1865. Es bien triste que Proudhon muriese justamente en el momento en que el movimiento obrero de los últimos años del segundo Imperio comienza y cuando la Internacional acababa de ser fundada; sin eso Proudhon, Bakunin y Marx, que se han conocido tan bien veinte años antes en París, habrían impreso su sello a esa época: muerto Proudhon, sus ideas fueron insuficientemente representadas y pronto quedaron postergadas.

Proudhon no carecía de amigos, pero fueron moderados, sobre todo admiradores de su talento; George Duchêne, yo creo, pasa por el más avanzado. Sus planes de Banco del pueblo (cambio igual) fueron frustrados por las conmociones de 1848-49. El mismo fué encarcelado por tres años (1849-52), después en lucha con la censura imperial, se refugió en Bélgica y, por haber protestado contra el nacionalismo italiano y polaco, expulsado por las demostraciones llamadas populares de Bélgica; luego se vuelve a desterrar por decirlo así, entrando directamente en París, donde una muerte prematura lo lleva poco después cuando un movimiento obrero, que le interesaba mucho, acababa por reconstruirse. Volvió a ver a Bakunin en el otoño de 1864.

En esa época sus ideas atenuadas expresadas por federalismo y mutualismo eran aceptadas por muchos obreros inteligentes en París, entre otros, por los fundadores parisienses de la Internacional, Toulain y su grupo. Pero sus ideas completas y profundizadas fascinaban a un número de estudiantes y de jóvenes escritores revolucionarios y ateos, que luchaban con hermoso verbo contra el Imperio. El mismo Paul Lafargue fué proudhoniano, entonces, lo mismo que Charles Longuet. El proudhonismo avanzado tuvo sin embargo en Bélgica su más bello florecimiento, donde un grupo de jóvenes socialistas muy instruídos que en parte habían conocido, también a Proudhon en persona, imprimían sus ideas a las primeras secciones de la Internacional y al movimiento que florecía entonces de la juventud socialista de las universidades; el congreso de Lieja (1864) fué una demostración revolucionaria, libertaria y atea de las más memorables; César De Paepe fué entonces el tipo de los proudhonianos de la Internacional. Ese proudhonismo revolucionario al cual se añade también un positivismo comprendido revolucionariamente en algunos, fué reemplazado en 1868-69 por el colectivismo de la Internacional; la idea de solidaridad diariamente practicada en las secciones hizo adoptar por base de toda sociedad socialista la propiedad colectiva del suelo y de los instrumentos de trabajo; las ideas estrictamente proudhonianas sufrieron entonces un eclipse.

Lo mismo sucedió en París donde el mutualismo frío y anodino de Toulain, un proudhonismo sin la sombra del espíritu de Proudhon, era impotente al comienzo frente al blanquismo muy revolucionario en aquel período y que hizo también una franca propaganda materialista y atea, luego, frente al colectivismo y al sindicalismo revolucionario de internacionalistas como Varlin, que mantenían relaciones con los jurasianos de la Internacional en Suiza y también, indirectamente, con Bakunin. Había proudhonianos independientes, sobre todo Vermorel que redactaba el *Courrier Français*, y la influencia literaria de Proudhon sobre los intelectuales fué grande, pero el pueblo no supo qué hacer con las ideas a quienes faltaba Proudhon mismo que habría podido darles una nueva forma, un nuevo contenido, de verdadera actualidad. Porque todos sentían acercarse el fin del Imperio y entre los socialistas y los aspirantes a la sucesión fueron los blanquistas dictatoriales y los internacionalistas y federalistas — la futura mayoría y minoría de la Comuna.

Los epígonos proudhonianos se extinguieron entonces como partido o como grupo avanzado; Toulain se encuentra en la Asamblea de Versalles, Chaudey, el tipo del proudhoniano burgués, es fusilado entre los rehenes por orden del blanquista Raoul Rigault. Otro viejo proudhoniano burgués, Charles Beslay, es miembro de la Comuna, pero es el que salva la Benca de Francia y a quien en recompensa se le deja marchar a Suiza. Pero no olvidemos tampoco un número de proudhonianos independientes que supieron obrar mejor, Jules Vallés, Eugene Vermersch (del Père Duchesne) y el pobre Vermorel, herido mortalmente en los últimos días de la Comuna. Más tarde hubo algunos escritores aislados que repitieron lo que había dicho Proudhon, pero que no supieron hacerlo renacer al continuarlo. El hombre tal vez que creció más independientemente en ese medio fué E. Laverdays (1835-1890), el autor de las *Assemblées parlementaires* (1853) y de otros libros notables; no sé si el gran periódico *Le Proudhon* de que fué redactor en jefe, apareció verdaderamente; no tengo más que el número prueba del 12 de abril de 1884.

Max Nettlau